

Los detractores de *Mito*

Carlos Rivas*

Universidad de Antioquia

Primera versión recibida: 24 de agosto de 2005; versión final aceptada:
27 de septiembre de 2005 (Eds.)

Resumen: Tomando como punto de partida las cartas enviadas a la revista *Mito* por tres de sus opositores, este artículo pretende mostrar cómo detrás de su sola publicación se encuentra uno de los caminos para apreciar la auténtica orientación “constructiva”, tolerante y reflexiva que animó la existencia de esta aventura de la inteligencia colombiana.

Descriptores: Revistas colombianas de cultura; Revista *Mito* (1955-1962); Mesa, Darío; Child Vélez, Jorge; Ruiz Gómez, Darío.

Abstract: This article discusses three letters sent to the Colombian journal *Mito* from three of its main opponents. The argument sustained is that their publication in the journal reveals the authentic, “constructive”, tolerant and reflexive orientation which motivated this adventure of the Colombian intelligentsia.

Key words: Colombian journals of culture; Journal *Mito* (1955-1962); Mesa, Darío; Child Vélez, Jorge; Ruiz Gómez, Darío.

*A la memoria de
Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005)*

Nada expresa mejor la auténtica orientación ‘constructiva’ de *Mito* que su actitud frente a la opinión ajena. Puntos de vista que desde diferentes perspectivas y con diferentes ‘tonalidades’ ponían en cuestión la labor de la revista, fueron acogidos entre sus páginas. Si estas oposiciones ponían en

* Arquitecto Universidad Nacional. Este artículo forma parte de la tesis presentada para optar al título de Magister en Literatura Colombiana de la Universidad de Antioquia.

tela de juicio la existencia misma de *Mito*, publicarlas ratificaba plenamente lo que verdaderamente estaba en juego: la posibilidad del diálogo, la viabilidad de la comunicación. Más allá de la calidad de los señalamientos, de la eventual validez objetiva de sus argumentos, esta inusual apertura venía a cuestionar por sí sola la tradicional intolerancia que en Colombia ha suscitado toda oposición:

Ninguna consideración política, religiosa, económica, filosófica, ha limitado jamás, ni limita, en estas páginas, la expresión de ningún pensamiento contrario al de sus propietarios, directores o redactores. El ateo y el creyente, el anti-Sade o el anti-Sartre, el conformista o el anti-conformista, el comunista o el anti-comunista, han dicho aquí lo que han querido decir con una sola condición: que lo digan con un mínimo de dignidad intelectual y otro mínimo de corrección gramatical. Nada más (*M*, 18, 1958, 391).

Esta "Nota sobre *Mito*" que Hernando Téllez escribió a raíz del tercer aniversario de la revista, bien puede leerse como expresión de aquellas "doctrinas positivas" que Ortega y Gasset exigía del auténtico trabajo intelectual y que tan decididamente determinaron la actitud vital y el talante intelectual de Jorge Gaitán Durán, como él mismo lo dejara consignado en las "Notas preliminares" a su libro *La revolución invisible* (1959).¹

Dejar sin respuesta las 4 cartas que durante su existencia fueron publicadas por *Mito* (3 de las cuales serán consideradas en este artículo), abría la posibilidad de que fueran los mismos lectores quienes evaluaran sus fuertes cuestionamientos. Consecuentes con su orientación, hicieron lo único que una revista como *Mito* debía hacer: publicar la opinión de sus opositores. El carácter marcadamente dogmático y unilateral de estas oposiciones hacía innecesaria cualquier contrarréplica. En rigor, la mejor (y única) respuesta de la revista era la revista misma. Más que el análisis objetivo de los diferentes cuestionamientos, queremos señalar aquellos aspectos donde los propios materiales publicados por *Mito*, aparecen como la mejor refutación a sus adversarios.

1 "Anota José Ortega y Gasset en *Meditación del pueblo joven*: "El escritor que propende a la polémica es que no tiene nada que decir por su cuenta. Para mí ha llegado a ser esto una señal infalible. Me parecía un heroísmo inverosímil que un hombre repleto de nuevas ideas sobre las cosas en vez de exponer éstas se ocupase en combatir la ideas de los otros. La auténtica ofensiva intelectual es la expresión de nuevas doctrinas positivas" (Gaitán, 1975, 318-319).

1. “*Mito*, revista de las clases moribundas”

El primero de los ataques contra la revista provino de esta extensa misiva (17 páginas) enviada por el sociólogo Darío Mesa (1921). Si algo debe reprocharse a esta beligerante comunicación fue el evidente apresuramiento con que fue remitida. Como el mismo Mesa lo reconoce, “dos números son aún muy poco elemento de juicio, pero permiten examinar la tendencia fundamental de la revista” (*M*, 4, 1955, 282). Difícilmente podría tomarse esta carta como un examen objetivo —es decir, exento de fanatismos— sobre una revista que apenas comenzaba. Escritos bajo la óptica del marxismo ortodoxo, los tempranos ataques dirigidos a *Mito* por Mesa, aparecen, por el contrario, como elocuente ilustración de sus dogmáticas convicciones: más que de la revista, la carta habla de su remitente.

Refiriéndose a éste, el historiador Luis Antonio Restrepo señala que si bien en su comunicado alcanza a decir “verdades sobre la realidad colombiana”, y a emitir “juicios certeros sobre el devenir cultural del país”, su lenguaje es “el lenguaje característico de los que escriben con la seguridad de poseer la verdad y de ir en la dirección correcta del movimiento dialéctico de la historia” (1989, 85). Escribe Mesa, a propósito de esa “concepción del mundo” que es el marxismo:

Pero nada es más actual que su análisis del capital y de su sociedad, ni nada es más exacto que su diagnóstico de este tiempo, ni se conoce nada más eficaz que la solución por él propuesta, ni hay partido más revolucionario y de esta hora que el que se nutre de su doctrina (*M*, 4, 1955, 288, énfasis nuestro).

No sobra señalar que esta desaforada apología de la doctrina marxista, había sido antecedida por otra, hecha esta vez a expensas del “individualismo liberal” de Hernando Téllez, a cuya ideología “egoísta” y burguesa acusa de “un conocimiento defectuoso del marxismo como teoría y como acción”. Y continúa:

Ninguna otra doctrina le ha dado al hombre mayores instrumentos para su propia integración; ningún movimiento político hace más llamamientos a la iniciativa individual, y ninguno hasta hoy se ha atenido tan estrictamente a la teoría para operar una revolución social (286, énfasis nuestro).

Resulta difícil conciliar este fanático apostolado con la pretensión de que argumentos salidos de una entraña semejante, pudieran orientar un

“examen” confiable sobre “la tendencia fundamental de la revista”. Es posible que dentro de la ortodoxia planteada por Mesa, lo que *Mito* hizo no haya sido otra cosa que “buscar una expresión intelectual de la condición ideológica de las clases moribundas en la sociedad moderna” (282). Nosotros afirmamos, con menos énfasis, que la revista comenzaba su labor dejando constancia de su tendencia fundamental publicando una carta que ponía en cuestión su existencia misma. No era poco. Comenzaba dejando planteada la convicción de que para el violento e intolerante contexto de la sociedad colombiana, resultaba más decisivo proponer actitudes “civiles” de diálogo y tolerancia con la oposición, que adelantar una fanática y doctrinaria ofensiva ideológica, viniere de donde viniere.

Las críticas contra la orientación general de la revista (específicamente su vinculación con el hombre de “nuestro tiempo”, y con los problemas del cosmopolitismo y la “cultura nacional”), encuentran su argumentación específica en dos artículos a los cuales Darío Mesa dedica especial atención: “Sade contemporáneo” (*M*, 1, 1955), de Jorge Gaitán Durán y “En el reino de lo Absoluto” (*M*, 2, 1955), de Hernando Téllez. Ahora bien, ¿cuáles son aquellas convicciones doctrinarias desde las cuales el corresponsal elabora sus diferentes cuestionamientos? Digamos que fácilmente pueden encontrarse en aquella “tradicción sectaria y dogmática” bajo la cual “muchos de estos dogmáticos sólo reconocen el método de crítica que descubre en toda ideología las raíces clasistas” (*M*, 20, 1958, 101). La denuncia, hecha por el marxista George Lukács en un artículo publicado por *Mito* en 1958, titulado “La lucha entre la reacción y el progreso en la cultura actual” (87-106), se hace evidente desde el título mismo, donde la revista, dentro del espectro de la taxonomía de la lucha de clases, queda clasificada por el corresponsal como el órgano de expresión de la “clase moribunda”; la burguesía. Escribe Mesa:

Todas sus publicaciones han sido seleccionadas de modo que expresan, en una u otra forma, la angustia, el desconcierto, la perplejidad, el irracionalismo o la ansiedad de un sector intelectual y de unas clases que, identificados por *Mito* con el hombre, no son sino un hombre histórico que empieza a desaparecer: el burgués, el terrateniente y también el pequeño burgués que está muriendo bajo los golpes del gran capital monopolista (*M*, 4, 1955, 281).

El diagnóstico de Mesa no deja lugar a dudas: la clase moribunda está “desconcertada”. Para Darío Mesa ningún artículo expresa mejor el carác-

ter de *Mito* que “En el reino de lo Absoluto” (*M*, 2, 1955, 63-67) de Hernando Téllez. Este ensayo es “la expresión del desconcierto ante lo que un vasto sector humano considera irracionalismo de la historia” (*M*, 4, 1955, 285). Claro que también pueden ayudarnos a la comprensión de esta perplejidad general, los análogos fenómenos ideológicos de la gran burguesía europea, que se expresa en hechos culturales como la poesía de Eliot, los dramas de Tennessee Williams, “o las vacilaciones y el desconcierto de Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, o la media vuelta de Merleau-Ponty” (289). La conclusión de Mesa es clara: no sólo Hernando Téllez sino todos “los ideólogos de su clase social [...] están equivocados”. Podemos esperar, sin embargo:

Que la práctica les descubra la sustancia de su error y la sinrazón de esos pavores (se refiere a la “revolución proletaria”) a que los ha llevado, no sólo su situación en la sociedad capitalista, sino la influencia de una propaganda ejecutada por las manos y los cerebros trastornados o resentidos o renegados de un Koestler, de un Orwell, o de esos que Lenin llamaba “lacayos diplomados de la burguesía” (290-291).

El tono de las recriminaciones es característico. Lo anota el mismo Lukács, cuando nuevamente a propósito de aquellos dogmáticos que “solo reconocen el método de crítica que descubra en toda ideología las raíces clasistas”, señala que si bien este es un elemento importante dentro de la crítica marxista, no era el único y además:

Sufría siempre las deformaciones del sectarismo que, equivocándose sobre el concepto de conciencia partidista, manipulaba la investigación sobre los orígenes de las clases en forma tal que siempre se obtenía como resultado un signo infamante (*M*, 20, 1958, 101).²

Y si bien los cuestionamientos de Darío Mesa no llegan a un nivel tan excesivo como el señalado, sí resulta evidente que una posición tan dogmática terminó reduciendo cualquier posibilidad de la revista a una empobrecedora y esquemática polarización ideológica, que en un contexto más

2 Anota Lukács en este mismo sentido: “Todo análisis es eliminado y sustituido por frases vacías e injurias inmotivadas”. Y concluye afirmando que “ese sectarismo partía siempre del concepto de que la lucha de clases o la revolución debían barrer con el pensamiento burgués y que, además, la filosofía burguesa se encontraba ya en estado de demolición automática” (*M*, 20, 1958, 102).

amplio —y siguiendo con las objeciones de George Lukács—, encuentra su peligrosa orientación en ese marxismo sectario que “pretende reducir todos los problemas actuales a esa gran oposición histórica que es la oposición entre capitalismo y socialismo” (91). Peligro que para Lukács (estamos en 1956) —refiriéndose a la reciente época que concluía con la muerte de Stalin (1953)—, encontraba su manifestación más extrema en el axioma principal de la política stalinista: “la inevitabilidad de un continuo recrudecerse de los contrastes [...] (lo que) necesariamente implicaba la perspectiva de una tercera guerra mundial” (91). Y aunque debemos repetir, con más énfasis en este caso, que los cuestionamientos de Darío Mesa no llegan a estos niveles, debemos decir que si traemos a cuento estas consideraciones de Lukács en torno al gran contexto de la política internacional, es porque creemos que no resulta impertinente relacionarlas con el contexto de nuestra problemática nacional y con la posible eficacia social e intelectual que una crítica tan esquemática y polarizada como la de Darío Mesa, podría tener para una mentalidad tan estrecha e intolerante como la nuestra.

Observa Lukács:

Uno de los rasgos más característicos del sectarismo y del dogmatismo, consiste en colocar en “inmediata relación” los fundamentos de la teoría con los problemas del día. Según esta manera de ver, todo problema cotidiano, cualquiera sea su naturaleza, debe deducirse directamente y sin mediación alguna, de los más elevados principios del marxismo-leninismo (89).

Cuando Darío Mesa sostiene que *Mito* no es una revista de nuestro tiempo, está diciendo que aunque esta publicación pretende hablar en nombre de la humanidad, realmente es al hombre burgués o pequeño burgués al que está expresando, en ningún caso al hombre. Para definir al “hombre”, recurre a Marx (en su sexta tesis sobre Feuerbach): “La esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales” (*M*, 4, 1955, 291). Determinado por estas relaciones, continúa Mesa (citando a Marx), “no desarrolla su verdadera naturaleza sino en la sociedad, y en ésta la fuerza de su naturaleza debe medirse, no por la fuerza del individuo particular, sino por la fuerza de la sociedad” (291). Amparado en esta sana teoría, reprocha a *Mito* no haberse aplicado a la indagación del hombre, sino de uno de sus componentes (la burguesía), descuidando “la búsqueda del hombre perdido, del hombre enajenado”. Escribe Mesa:

Lo que necesitamos urgentemente es el por qué de la deformación humana y el cómo es posible enmendarla. Si *Mito* indagara con los ojos abiertos hallaría que ese cómo no puede tener más base que la lucha popular dirigida por la clase obrera revolucionaria (291).

Dejando de lado cualquier discusión sobre la validez teórica de estos postulados, sólo queremos reiterar la pregunta por las posibilidades de eficacia social y política que para la Colombia de aquellos años, podía tener establecer una “inmediata relación” entre los principios teóricos del marxismo-leninismo y las complejas particularidades de la realidad colombiana”. Jorge Eliécer Ruiz, colaborador de la revista, escribió:

Recientemente se ha hecho un balance de lo que significó *Mito* para las letras y para el pensamiento del país. Lo que significó para la creación de una conciencia crítica que algunos marxistas sindicaron de burguesa —dando a la palabra una connotación peyorativa— como si pudiera haber tenido otra actitud, aristocrática, pongamos por caso, donde no hay aristocracia, o revolucionaria, donde no hay condiciones revolucionarias... (Ruiz, 1976, 12).

Si alguna utilidad pueden tener las consideraciones hechas hasta ahora para ayudarnos a continuar dilucidando la pregunta planteada, ésta surge cuando el mismo George Lukács —aún “manteniendo invariable el punto de vista de que la oposición histórica fundamental de nuestra época es aquella que existe entre capitalismo y socialismo”—, pone en entredicho la pertinencia de mantener a toda costa esta convicción ideológica, cuando lo que está en juego son los “problemas estratégicos fundamentales”. Señala cómo después de la muerte de Lenin (1924):

Muchos de los innumerables errores estratégicos de nuestro partido, se derivan del hecho de que hayamos asumido simplemente, sin crítica alguna y sin verificaciones de la nueva situación, aquellas verdades de 1917 y del período inmediatamente siguiente, acondicionándolas a una época cuyo problema estratégico fundamental no era la lucha inmediata por el socialismo, sino un encuentro entre fuerzas fascistas y antifascistas (*M*, 20, 1958, 90).

Ahora (1956), continúa Lukács, después de la Segunda Guerra Mundial, después de la caída del fascismo, “sabemos que se trata de la paz y de la guerra, que se trata de oponerse a la guerra, de resolver el problema de la coexistencia. Aquí nacen los asuntos estratégicos fundamentales de nues-

tra época” (91). Dentro de este contexto de prioridades, que con la muerte de Stalin en 1953, comienzan a vislumbrarse como posible, Lukács plantea —frente a la agresiva e intransigente oposición al imperialismo propia del stalinismo—, una superación de esta oposición fundamental en aras de una estrategia pacifista:

La coexistencia, el pacífico convivir de los dos sistemas sociales debe entenderse en sentido literal, es decir, en el sentido de que los dos mundos pueden existir en el ámbito de sus propias leyes de desarrollo interno. Y cada parte debe reconocer este derecho a la otra. Es decir, nosotros seguimos siendo lo que somos: Marxistas, comunistas; como tales, queremos vivir en paz con las gentes del mundo burgués y en cuanto sea posible, queremos establecer contactos con ustedes que viven según sus propias leyes, siguiendo su propia organización social, su propia “Weltanschauung”. Y sobre esta base sí puede entonces haber un diálogo, una discusión, un permanente contacto al nivel más alto que sea posible y que comience en la política y en la economía para terminar en la misma cultura (92).

Frente a las reales y radicales tensiones de la “Guerra Fría”, que con su espectro nuclear amenazaba la existencia misma de la raza humana, Lukács propuso la urgencia de la convivencia pacífica, desplazando la oposición armada hacia un acercamiento “exclusivamente con medios ideológicos, es decir con discusiones, con diálogos, con intercambio de informaciones” (92).

No creemos que resulte impertinente esta alusión a los acontecimientos de la política internacional. Podemos afirmar que lo que allí estaba en juego, fue básicamente lo mismo que en nuestro contexto local pretendió llevar a cabo la revista *Mito*: una invitación al diálogo, en cuya meditada actitud se encontraba a su vez un implícito cuestionamiento a la orientación violentamente polarizada de la mentalidad nacional.³ Los artífices de la revista también comprendieron que el asunto estratégico fundamental del momento histórico colombiano era el de la convivencia pacífica, el de la posibilidad de restaurar las formas elementales de la civilidad. Al mar-

3 Nada expresa mejor esta violenta polarización que esta anécdota de Gonzalo Arango: “Alguna vez, en Cali, el poeta X-504 me dijo que el Nadaísmo era el segundo movimiento importante del país. Yo le pregunté que cuál era el primero y él me contestó que LA VIOLENCIA, con 400.000 afiliados” Citado en, Cobo Borda, 1987, 193.

gen de la férrea oposición partidista, propusieron el acercamiento. Más allá de la estéril polémica con las convicciones contrarias a sus ideas, escucharon los argumentos de la oposición. Nuestras objeciones a la carta de Darío Mesa no tienen su origen en un cuestionamiento a la validez teórica de sus postulados ideológicos; quieren plantear —siempre en el marco de las condiciones reales de la sociedad colombiana de los años de la Violencia—, la cuestión de su pertinencia histórica, la pregunta por sus posibilidades de eficacia social y cultural.

2. “La comedia de las contradicciones liberales”

Este artículo, el segundo dirigido contra la revista, apareció acompañado de una nota editorial: “Publicamos el texto completo de esta carta de Jorge Child Vélez, a pesar de que sus tesis centrales no reflejan el pensamiento de la Dirección de *Mito*”. Lo hacían, continúa la nota, porque:

Fueren cuales fueren las ideas políticas de sus directores, *Mito* es una revista absolutamente independiente, cuya labor cultural —como se dijo en la presentación del primer número— implica el diálogo con gentes de todas las opiniones y todas las creencias (*M*, 9, 1956, 195).

No entraremos a estudiar aquella “comedia” que como su irónico título lo sugiere, gira en torno a las causas del fracaso político tanto de la llamada República Liberal, como del régimen conservador y militar que la sucedió. Historia de una vieja e incompetente clase dirigente, cuyos jefes “nunca estuvieron a la altura de la situación de sus partidos”, nos interesa por ahora llamar la atención sobre uno de los argumentos más frecuentes (y reaccionarios) dirigidos contra la revista: su cosmopolitismo. Nuevamente volvía a esgrimirse una acusación que no dejó nunca de esconder un oculto provincianismo que se negaba a abandonar aquella “vieja mística americanista” que ya desde el modernismo —al decir de Hernando Valencia Goelkel—, se mostraba “cada vez más ilusoria e insostenible”:

Hay que tener en cuenta que las acusaciones de exotismo, de admiración europeísta, de desdén por la circunstancia social, política y económica, se presentaban como una actitud moral. Ese era el atavío; bajo tal guisa la crítica y hasta la diatriba aparecían como legítimas. Pero ese aspecto ético era solamente un disfraz; en el fondo, se trataba de un

gesto onerosamente sentimental y, por consiguiente, de un principio retroprogresivo (1976b, 283).

También la esgrimió en su carta Darío Mesa, quien reprochaba a *Mito* y sus colaboradores el poco interés que mostraban por las fuentes de una pretendida “cultura nacional”, acusándolos de contentarse con haber “asimilado el pensamiento de la burguesía francesa” (*M*, 4, 1955, 293). Y aunque más adelante reconoce que nuestra cultura nacional “no es, sin duda, una cultura muy elevada, y si la examináramos detenidamente encontraríamos en ella más reflejos y adaptaciones que elaboración autónoma” (295), no vacila en afirmar, sin embargo, que *Mito*, con su equívoca tendencia, “va directamente al cosmopolitismo, al desdén por la nación y a la pérdida de contacto con el mundo real” (294).⁴ Esta indigente y falsa contraposición entre cultura “nacional” y cosmopolitismo —relación que en nuestro medio suele traducirse en “desinterés por lo nuestro”—, la misma que lleva a Child Vélez a escribir: “*Mito* no plantea nuestros problemas, sino los de Sade, los de Eliot, los del sexo de los norteamericanos, los *de los otros*” (*M*, 9, 1956, 196), parece confirmar la pervivencia de un lamentable provincianismo, que amparado en enfáticos y descalificadores reproches, vive en la convicción de que en la mitología de nuestro terruño, están todas las posibilidades del universo.⁵

Dado que *Mito*, según Child, no logró “el esclarecimiento de la situación problemática de nuestra existencia”, resulta fácil dictaminar que su labor “bracea” en el género muerto de la literatura. Por eso *Mito* “se quedó en palabras, palabras, palabras...” (195). Repitiendo el viejo tópico de que sus directores “fueron poetas y siguen siendo poetas” (lo que en esta carta

4 Nada ilustra mejor la dogmática estrechez ideológica de Darío Mesa, que su posición frente al auge del inglés en los programas del bachillerato, “predominio que, estableciendo el bilingüismo, amenaza destrozando las formas de nuestra cultura” (sic). Cuando a renglón seguido declara que esta amenaza “es claramente un acto de dominio imperialista sobre el país” (*M*, 4, 1955, 296), comprendemos que más que a “nuestra cultura”, la atención va dirigida contra el enemigo capitalista; comprendemos que no es el bilingüismo el que produce su desasosiego; es el inglés, el idioma de los “enemigos”.

5 Este supuesto “desinterés por lo nuestro” llega al costumbrismo vulgar en la tercera oposición que estudiaremos, la de Darío Ruiz, quien escribe: “*Mito* vive de lo prestado. Vive en falso, sin asimilar eso que trae de Europa. El sexo de Betina: *Mito* desconoce la realidad que lo circunda porque prefiere vivir con una aureola de intelectual “última moda”. De ahí, Betina y no Rosario Tangarife. Pienso que por la misma razón nuestros burgueses no llaman Jaime a sus hijos, sino James” (*M*, 34, 1961, 226).

equivale a un tendencioso reproche),⁶ aprovecha un artículo de Heidegger publicado (y traducido) por la revista “¿Qué significa pensar?” (*M*, 3, 1955, 135-146); para poner en práctica aquella crítica provinciana que consiste en “hacer residir el mérito de Fulano en el demérito de Zutano” (Valencia, 1976a, 77-78). Por eso recomienda a sus lectores:

Abrir muy bien sus orejas para oír lo que aquí dice Heidegger sobre la pregunta de la elegía *Pan y vino* de Hoelderlin: “¿Para qué poetas en este tiempo miserable?”: “Sí, en un tiempo hambriento, que sólo pide *pan y vino*, y deja al poeta en el destino de la noche del mundo”, ingrino, solo, “bajo la mirada de Dios” (*M*, 9, 1956, 196).

Respuesta que le sirve para desdenar, con pueril altivez, las palabras de Heidegger en nombre de:

Los periodistas que como yo, aquí y ahora, tenemos que obrar bajo la mirada de *nuestros hombres*, y no de *Los misterios*. Y sólo para contrarrestar un poco el énfasis poético de *Mito* me voy a poner a hablar en esta carta de temas criollos, vigentes, al alcance de todos: de la última historia del partido liberal, que es la mejor comedia de las contradicciones que se haya producido en Colombia (196).

De donde resulta que la diatriba contra *Mito* era sólo una introducción para demostrar que el autor de la carta sí estaba trabajando en el único tema que a su juicio podría ayudar al “esclarecimiento de la situación problemática de nuestra existencia”: la cuestión “criolla”. Lo confirman las líneas finales de su carta:

Yo espero que *Mito*, bajo su mejorable dirección, abandone sus veleidades literarias y comprometa sus páginas al estudio moderno —con informes, datos, cifras y reflexiones más profundas que las que salen de la mera (sic) literatura— de la situación en que gravita nuestra existencia limitada (206).

⁶ Child utiliza la “definición” sartriana de lo que es un poeta: “El poeta escoge de una vez por todas la actitud que considera las palabras como cosas y no como signos [...] está fuera del lenguaje [...] el poeta es la elección del fracaso, es anti-revolucionario por esencia. (Véase *Qu'est-ce que la littérature*, J.P. Sartre)” (*M*, 9, 1956, 196).

No bastó el detallado balance que sobre dichos materiales publicó por la revista (*M*, 6, 1956, 478), a raíz de su primer aniversario.⁷ Sería necesario que en un número posterior, aprovechando el sexto aniversario (*M*, 36, 1961, 404-405), volvieran a reiterarlo:

No dudamos de que *Mito* deba ser una revista más viva, más acorde con la ingente problemática de este decenio decisivo de la historia humana. Nos preocuparemos con mayor intensidad por las complejas relaciones entre economía, política, vida social y cultura; y ciertamente por los tristes datos de la realidad colombiana. Pero seguiremos prestándoles apasionada atención a la filosofía, la literatura y el arte de nuestros días, y a sus fascinantes luchas con la tradición. Continuaremos rechazando el dilema bizantino: *Estética o política*, pretexto para innumerables imposturas (405).

3. "¿Es neutral el sexo?"

Amparada bajo la misma tendenciosa unilateralidad que gobierna las dos oposiciones anteriores, aparece esta carta que desde Madrid envió Darío Ruiz Gómez. Si para Darío Mesa era el enfoque burgués de la revista, y para Jorge Child las insulsas veleidades literarias de sus directores, para Darío Ruiz sería el sexo (que junto al cosmopolitismo, sería otro de los caballitos de batalla de los reaccionarios), los que de antemano determinaban el fracaso de la revista. Más que la apertura hacia una discusión abierta y tolerante con la revista, los corresponsales se limitaron, en lo esencial, a presentar 'tres temas' que en realidad sólo eran 'tres caras' del mismo y persistente provincianismo retroprogresivo... contra el cual *Mito* dirigió todos sus esfuerzos.

7 Señalan cómo en 6 números han publicado "cinco testimonios, insólitos en nuestro medio, sobre muy graves problemas de nuestra sociedad": 1. "El drama de las cárceles en Colombia" (*M*, 1, 1955). 2. "Un juez rural en Guataquí", Cundinamarca (*M*, 2, 1955). 3. "Historia de un matrimonio colombiano" (*M*, 4, 1955). 4. "La cárcel colombiana, lugar de castigo" (*M*, 5, 1956). 5. "La vocación y el medio: historia de un escritor" (*M*, 6, 1956). "Pensamos, con orgullo, que nunca se han abordado de manera tan desnuda y tan veraz situaciones específicamente colombianas". El sumario de este primer volumen contiene, además, "29 textos originales de autores colombianos, 12 de hispanoamericanos, 7 de españoles, y tan solo 16 traducciones, entre las cuales 13 fueron elaboradas por colombianos. Aparecieron 10 notas sobre libros colombianos y 16 sobre libros extranjeros, proporción esta que habla por sí sola" (478).

Con un 'asunto' diferente pero con idéntica actitud, Darío Ruiz persiste en ignorar los logros y las propuestas de una revista que según él, no logra romper "el techo de nuestras creencias y resabios políticos y sociales" (*M*, 34, 1961, 225), cuando en verdad, como ya lo hemos señalado, el sólo hecho de que su voz tuviese cabida entre las páginas que criticaba, puede tomarse como indicio de lo contrario..., claro que a condición de no confundir estos "resabios" con nuestras costumbres electorales, por poner un ejemplo. Los materiales sobre el erotismo que *Mito* publicaba, y que tanto ofendían a nuestro corresponsal, no aparecían porque sus redactores tuvieran algún deseo de mortificar a las gentes, o a "algún obispo provinciano" sino, como escribió Hernando Téllez, por:

El desajuste entre esos temas, absolutamente normales en otro medio, y el medio intelectual colombiano. El marqués de Sade, por ejemplo [...] entre otros, son "asuntos" de común discusión en las publicaciones similares a *Mito* que se editan en Europa (*M*, 18, 1958, 390).

Incapaz de asimilar este "desajuste", apelaba Ruiz, en primer lugar, a la descalificación de lo que no comprendía. La "revolución" que, según él, se esperaba de la revista:

Han querido comenzarla por el sexo. Porque está bien que exista nuestro problema sexual, está bien que nuestros jóvenes tengan un cementerio de espermatozoides en sus braguetas. Esto existe.⁸ Lo candoroso consiste en comenzar la transformación del país por ahí. Asustando a curas y sacristanes (*M*, 34, 1961, 225).

Apelando, en segundo lugar, a la descalificación de la persona a la que no comprendía: "*Mito* quiso hacer muchas cosas y se quedó en las burguesas y eróticas aventuras de su director".⁹ Dejando de lado esta indignante e insostenible actitud polémica, Cobo Borda señala cómo la indagación de Gaitán Durán sí resultó válida, máxime en un país feudal donde no cuenta

8 Aquí cabe preguntarse: ¿y el "problema sexual" de las jóvenes, cuyo "cementerio" —para seguir con la mortuoria metáfora— no es de espermatozoides? ¿No existe? ¿Es exclusivo de las "braguetas"?

9 En una nota a esta descalificación, Hernando Valencia Goelkel escribe: "El corresponsal parece referirse a las "Notas de lectura" de Jorge Gaitán Durán, aparecidas en el número 27-28 de *Mito*" (*M*, 34, 1961, 225). Estas "Notas de lectura" son fragmentos de su *Diario* literario, escrito en Europa.

tanto 'la moralidad como los modales': "Restituirle al lenguaje su poder; su capacidad de transmitir lo habitualmente castrado: he aquí algo todavía necesario" (Cobo, 1975, 10). Juicio que desde otra perspectiva, encuentra su corroboración en unas palabras del propio Gaitán Durán, en las que el problema de la sexualidad aparece en su auténtica dimensión, cuando a la preocupación de *Mito* por "las más evidentes tragedias colectivas (como la amenaza de guerra nuclear o la violencia política de nuestra patria)", le suma su manifiesta inquietud por:

Las maldiciones y transgresiones que configuran lo que solemos llamar *intimidación del hombre*. De ahí que nuestra aproximación a diversas fases del erotismo no proceda de un ánimo exhibicionista o escandaloso, sino de nuestro convencimiento de que no podrá edificarse una ética verdadera con base en la ignorancia o la deformación de sus problemas (*M*, 36, 1961, 405).

La retórica exaltación de "lo nuestro" esbozada por Ruiz —"nuestra realidad como pueblo sigue escondida...", "la incógnita de nuestro pueblo sigue sin resolverse...", etc., etc.—, previsiblemente debía hacerse en detrimento de la élite cosmopolita que *Mito* representaba: "una élite apollillada, parisina, sin raíces en ninguna de nuestras constantes como país" (*M*, 34, 1961, 227). Es de nuevo el viejo fantasma "americanista", desdeñoso de lo que no venga a corroborar la propia mitología, o quizá, la sutil expresión de inconfesadas modalidades del resentimiento, como parece sugerirlo Cobo Borda:

Al Genet, Sade y Durrell de *Mito* opone los suyos: Robbe Grillet, Claude Simon, Sarraute. A la "estética trasnochada" de la "señora Traba", "la vigencia política que una pintura como la de Ramírez Villamizar tiene hoy en el mundo" y a las admiraciones de *Mito* sus propias admiraciones: "la literatura antioqueña, la caldense", Luis Carlos López, "los nuevos y desconocidos valores sin tribuna; es decir: él mismo (1975, 9).

Por lo demás, lo que el corresponsal pedía, se encontraba en aquel "Documento" que *Mito* tituló "Historia de un matrimonio campesino" (*M*, 15, 1957, 201-224) y (*M*, 17, 1958, 352-377).¹⁰ "Todo estaba allí, subdesarro-

10 Este documento, también conocido como la "Historia de Edelmira B.", es el relato de un aberrante caso judicial, ocurrido el año de 1954, en el municipio de Sutatenza (Boyacá). La

llo económico, físico, mental y sexual; y también, claro está, el erotismo: candados, alambre de púas". El diagnóstico final de Cobo Borda es implacable "la "realidad nacional", "el enigma de nuestro pueblo", lo que Darío Ruíz pedía, desde España, sí aparecía allí, en las páginas de esta revista "aséptica"; solo que él no sabía leer" (1975, 10-11).

En una reseña crítica sobre Álvaro Múti, se refiere Octavio Paz a *Mito*, como a "una de las revistas por las que aún circula un poco de aire fresco —y otros saludables venenos"— y a Jorge Gaitán como:

Uno de los espíritus más despiertos y originales de la nueva literatura hispanoamericana, partidario del *riesgo* intelectual, (quien) no ha vacilado en publicar algunos documentos ejemplares y explosivos, como el "Diálogo entre un sacerdote y un moribundo" de Sade y la "Historia de Edelmira B."; testimonio atroz de la sexualidad hispanoamericana (Paz, 1981, 107).

Pero el *riesgo* intelectual, como escribe Cobo Borda, no residía tanto en la publicación de documentos "ejemplares y explosivos", como en una labor "aún más subversiva: conocerse a sí mismo; conocer el ámbito donde transcurre, y se inserta, su acción" (1975, 12).

Bibliografía

- Child Vélez, Jorge. "La comedia de las contradicciones liberales", en: *Mito*, 09, volumen 02. Bogotá: agosto-septiembre, 1956, 195-206.
- Cobo Borda, Juan Gustavo. "Lectura de *Mito*", en: *Mito*, 1955-1962. *Selección de textos*. Bogotá: ICC, 1975, 7-21.
- _____. *Poesía colombiana*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1987.
- Gaitán Durán, Jorge. *La revolución invisible*, en: *Obra literaria de Jorge Gaitán Durán*. Bogotá: ICC, 1975, 315-380.
- Lukács, George. "La lucha entre la reacción y el progreso en la cultura actual", en: *Mito*, 20, volumen 04. Bogotá: julio-agosto, 1958, 87-106.

constancia de los hechos dice: "El señor juez hizo que la lesionada mostrara su órgano sexual, se le encontró en la vulva y colgado del gran labio izquierdo un candado pequeño de color rojo, cogido del mismo labio vulvar con un alambre delgado, además presenta rastros en los labios de la vulva de que ahí se le ha colgado el alambre con el candado varias veces" (*M*, 15, 1957, 208). Dos fotos, publicadas al comienzo del documento, ilustran claramente la situación descrita.

- Mesa, Darío. "Mito, revista de las clases moribundas", en: *Mito*, 04, volumen 01. Bogotá: octubre-noviembre, 1955, 281-297.
- Mito. Revista Bimestral de Cultura. Bogotá: 1955-1962.*
- Paz, Octavio. "Los hospitales de ultramar", en: *Puertas al campo*. Barcelona: Seix Barral, 1981, 107-111.
- Restrepo Arango, Luis Antonio. "Literatura y pensamiento. 1946-1957", en: *Nueva Historia de Colombia* (Tomo VI). Bogotá: Planeta, 1989, 65-88.
- Ruiz, Jorge Eliécer. "Prólogo", en: *Ensayistas colombianos del Siglo XX*. Bogotá: ICC, 1976, 7-12.
- Ruiz Gómez, Darío. "¿Es neutral el sexo?", en: *Mito*, 34, volumen 06. Bogotá: enero-febrero, 1961, 225-227.
- Valencia Goelkel, Hernando. "Nota preliminar a *Estoraques* (II)", en: *Crónicas de libros*. Bogotá: ICC, 1976a, 73-95.
- _____. "La mayoría de edad", en: *Ensayistas colombianos del siglo XX*. Bogotá: ICC, 1976b, 279-294.